

Milagros para nadie

Román Luján

Luz el ahí es testigo. El ojo sobrevive en el pezón maltrecho. Suaves trenzas mojadas. Paredes amarillas donde no cae la bruma. Sílabas que relumbran en dulces paladares, escupidas al ennegrecer.

Vísceras arrojadas desde las azoteas. Magueyes de calor. Armarios donde es limpia la miseria. La anciana sin mandíbula, su risa de metales, el hueco circular en la garganta. Resolana es la flor que no perdona.

Hay comida en la mesa del cansancio, está caliente. Aves decapitadas coloran el cemento de espirales. Mira esas huellas frescas: aquí ha pasado el circo. Salmodias que se arrastran como hiedras.

Ceniza vuelta cruz sobre unos pétalos. Duraznos. No somos, hijo muerto, semos nada. Una tortuga herida al fondo del estanque. Mazorcas de oro púrpura. Hormigas que se arquean sobre el cadáver.

Las espinas del cactus son frágiles cabellos y blanquísimos. Asustan: hay que herirlo. Llanto sobre el ahí, copiosa limadura para nadie, que siempre está escuchando. Una mano se hunde en el estanque.